

## CAPÍTULO III.

*Continuacion de la guerra de Texas.—Convencion con los Estados Unidos.—Reclamaciones americanas.—Expedicion del general Woll á Béjar y triunfos que obtuvo.*

El parte oficial dado por el general D. Vicente Filisola sobre los desgraciados sucesos de San Jacinto y la evacuacion del territorio de Texas por nuestro ejército, fué traído á México por el alférez D. Domingo Soto Mayor, haciendo éste una travesía por los desiertos de Texas y Coahuila y Estados de San Luis Potosí y Querétaro, y regresando luego de México al puerto de Matamoros, en el breve espacio de diez y nueve días, cosa que no querian creer sus compañeros, pero tuvieron que rendirse ante la evidencia de los hechos.

El presidente interino D. José Justo Corro, al recibir tan infausta noticia, dice el Sr. Rivera Cambas, en su obra «Los gobernantes de México,» publicada en 1871, «excitó el patriotismo de los mexicanos para acudir á salvar al ejército y libertar al presidente, y señaló la manera con que los ayuntamientos podian llevar á efecto la reunion de recursos.» Nombró general en jefe del ejército del Norte, reunido en Matamoros, al general D. José Urrea; y el general Filisola pidió licencia para pasar á México, á que se le sujetara á un juicio, siendo absuelto por el consejo de guerra, que lo declaró libre de toda responsabilidad en la pasada campaña (1).

(1) El Sr. Darán infiere varias ofensas al Sr. general Filisola, y dice: «preferia la dulce intimidad de algunos amigos en la discreta sombra de su habitacion, al estruendo del cañon en los campos de batalla.» Esto no es exácto; el ilustrado his-

Las escaseses del erario para enviar refuerzos y dinero al general Urrea, fueron causa de que permaneciera inmóvil en Matamoros, pero siendo preciso recobrar á Texas, dispuso el gobierno fuera un segundo cuerpo de ejército á las órdenes del general D. Nicolás Bravo, quien aceptó con la condicion de que se le diesen ocho mil hombres, el haber de dos meses, y un fondo como reserva de doscientos mil pesos.

Todo se le prometió, pero nada se cumplió, y no queriendo echar sobre sus hombros una carga tan pesada, renunció el mando por medio de una nota dirigida sobre la marcha, al ministerio de la Guerra, desde la hacienda de Bocas,

torizador Roa Bárcena lo considera como un jefe entendido, práctico y pundonoroso, y el Sr. D. Lucas Alaman, al referir la expedicion de Guatimala encomendada al Sr. Filisola en 1822, dice que este general dejó allí sentada su reputacion como hombre honrado.

más allá de San Luis Potosí, el 17 de Noviembre de 1836, y para que no se creyera en él una cobardía, ofreció ir á la campaña como simple subalterno.

Hecha dimision del mando por el general Bravo, fué nombrado para sustituirlo el general Filisola, quien se situó en la frontera de Texas, pero subsistiendo la misma escases de recursos, tuvo que estar en la más completa inaccion, y entretanto el gobierno norteamericano se apresuró á reconocer la independencia de la república tejana, quedando definitivamente perdido para México aquel territorio. Nuestro ministro en Washington D. Eduardo Gorostiza, no juzgó honrosa su permanencia allí, pidiendo su pasaporte, y esto que era una consecuencia muy natural, unido á supuestos agravios á ciudadanos de los Estados Unidos, hizo creer al presidente Jackson que era causa suficiente para declararnos la guerra, pro-

poniendo se nos entablaran nuevas reclamaciones.

Segun leemos en la Memoria presentada al Congreso de la Union en 16 de Setiembre de 1870 por el laborioso ministro de Hacienda D. Matías Romero, se firmó en Washington por los plenipotenciarios D. Francisco Pizarro y Mr. John Forsyth (1) el 11 de Abril de 1839, una Convencion, disponiendo esta se formase una comision compuesta de dos individuos nombrados por cada gobierno, á la cual deberian someterse todas las reclamaciones que hubiera contra México hasta ese dia, cuya comision habia de reunirse en Washington dentro de tres meses de canjeadas las ratificaciones de la convencion y terminaria sus funciones á los diez y ocho meses, contados desde el dia en que se reu-

(1) Mr. John Forsyth estuvo de representante de los Estados Unidos ante el gobierno del general Zuloaga en el año de 1858.

niese. Para el caso de discordia se ocurriría a un árbitro nombrado por el rey de Prusia, y si éste rehusaba se invitaría para que lo nombrase, al gobierno británico y en su defecto al de Holanda.

Conforme al art. 6°, el importe de las reclamaciones falladas debería satisfacerse al contado ó por medio de libranzas que ganarian el interés de ocho por ciento anual desde la fecha de su expedición hasta la del pago, y serian admisibles en nuestras aduanas marítimas en pago de cualquier derecho que se adeudara ó se impusiere á los efectos tanto de importacion como de exportacion.

Esta Convencion fué ratificada por el presidente de la República Mexicana, general D. Anastasio Bustamante y su ministro de Relaciones D. Juan de Dios Cañedo, el 11 de Enero de 1840, y por

el gobierno norteamericano el 6 de Abril, promulgándose en México el 2 de Junio siguiente, esto es, mes y medio antes del pronunciamiento que acaudillaron en la misma capital, D. Valentin Gómez Farias y el antiguo general del ejército de operaciones sobre Texas, D. José Urrea.

Los trabajos de la comision mixta reunida en Washington dieron por resultado que la deuda de México á favor de los Estados Unidos importase dos millones y medio de pesos, y para cubrirlos se impuso un préstamo forzoso por medio de las leyes de 20 de Abril y 5 de Mayo de 1843, debiéndose pagar por trimestres durante un período de cinco años, á fin de que fuese ménos gravoso á los cuotizados.

En la memoria del ministro de Hacienda D. Ignacio Trigueros, 31 de Enero de 1844, que el Sr. D. Matías Ro-

mero cita en la suya, se dice haberse pagado hasta ese día, al agente americano \$201,615.00 por cuenta de capital, más los intereses respectivos, pues las circunstancias aciagas del tesoro mexicano no permitieron nunca pagar al contado, aceptándose libranzas.

La comisión mixta funcionó en Washington hasta Febrero de 1842, dejando sin resolver multitud de casos, y aunque era indispensable nombrar nuevos comisionados que los examinasen, no fue posible que los dos gobiernos se pusieran de acuerdo.

Entretanto, seguían en México las revueltas políticas, ocasionadas por la ambición de muchos caudillos, y á pesar de que el gobierno americano tendía a mexicano la mano de amigo, no des-cuidaba de su ambicioso proyecto de quitarnos gran parte de nuestro territorio, sin omitir medio por reprobado que

fuese. Valiéndose de los ingratos colonos tejanos, dispuso que una parte de ellos, ayudada por ciudadanos americanos, sublevara el Estado de Nuevo México, cuyo gobernador político y militar era el general Armijo. Este señor se preparó á combatir y por medio de sus acertadas disposiciones, logró hacer prisioneras varias partidas de filibusteros y por último, el 17 de Setiembre y el 5 de Octubre de 1841, se rindieron con sus fuerzas el coronel Cook en *Atochico*, y el brigadier Macleod en la Laguna Colorada.

El año de 1842 continuaron las agresiones de los norteamericanos contra nuestro territorio, por lo que el ministro de Relaciones D. José María Bocanegra, dirigió una nota seria y digna al secretario de Estado Webster, quien contestó que «no estaba en las facultades de su gobierno impedir la emigra-

«ción de sus nacionales á Texas; que  
 «era absurda la teoría de que la per-  
 «mision de la salida de armas y muni-  
 «ciones importara violacion del tratado  
 «existente, y confirmando el reconoci-  
 «miento de la independencía de la nue-  
 «va república.» (1)

El gobierno de México, no dudando que eran una verdad las expediciones preparadas en los Estados Unidos para agredirnos, dispuso que el general Don Isidro Reyes, jefe de la division del Norte, situada en los departamentos de Tamaulipas, Nuevo Leon y Coahuila, con su cuartel general en San Fernando Agua Dulce, mandase algunas tropas á recorrer los puntos más amenazados, reconociendo á la vez el terreno más á propósito para teatro de la guerra. En esta virtud el segundo en jefe

(1) Roa Bárcena.—"Recuerdos de la invasion norteamericana."

de la division, general D. Adrian Woll, á la cabeza de los batallones 12° de infantería y 1° ligero mandados respectivamente por el teniente coronel D. Mariano Fernandez y comandante graduado capitán D. Marcelo Torreblanca, una batería de artillería á cargo del valiente é instruido teniente D. Manuel del Frago, tío de D. Leonardo, actual comandante de las compañías de bomberos, y alguna caballería al mando del coronel D. Cayetano Montero, (1) emprendió la expedicion, atravesando el inmenso desierto que media desde San Fernando Agua Verde hasta San Antonio Béjar. Al acercarse á este punto hizo alto la fuerza y se mandaron algunos exploradores pertenecientes á la compañía presidial de Lampazos á reconocer Béjar, pero los astutos colonos tendieron un

(1) El total de las tropas que formaban esta columna ascendía á 1,800 hombres.

lazo al general Woll ocultándose unos y abandonando otros la población para volver á poco; de consiguiente dichos exploradores participaron que no habia ningun enemigo y con esta confianza se continuó inmediatamente la marcha en columnas de viaje, entrando á Béjar el 16 de Setiembre de 1842, aniversario del día en que se celebra en nuestra patria la proclamacion de su independencia por el cura de Dolores Hidalgo, D. Miguel Hidalgo y Costilla.

Iba á la cabeza de las tropas el teniente coronel D. Mariano Fernandez, llamado por cuantos le conocieron *el valiente entre los valientes*, con su batallón 12º de infantería y seguía el resto de las fuerzas. No se encontró una sola alma desde las orillas de la población, pero no bien habia penetrado á la plaza principal la música del 12º tocando sus aires marciales, cuando desde todas

las alturas se dirigió un nutrido fuego de fusilería, que como por encanto barrrió con ella, pereciendo casi todos los músicos y quedando regados todos sus instrumentos.

El general Woll, con la serenidad y el valor que le era característico, mandó formar en el acto dos columnas de infantería, una á las órdenes del teniente coronel Fernandez y otra á las del capitán D. José María Alfaro, en sustitucion del comandante Torreblanca, para que asaltaran las alturas defendidas por los tejanos, siendo las principales las casas de Zambrano y del Cura Garcia. El combate fué terrible, pues los enemigos se defendieron como leones, pero los prodigios de valor hechos por nuestros soldados, nos dieron el más completo triunfo, arrancándose una por una las posiciones. Merece una mencion especial el sargento 1º del 12º D. Ausen

cio Espinosa, hoy teniente coronel en depósito, pues con un puñado de sus soldados, tomó la casa cural, batiéndose al arma blanca.

Los tejanos que pudieron salvarse, fueron rumbo al llano del Perdido, situado al Norte, y el día siguiente se reunieron con otras fuerzas enemigas en el Salado, á cinco ó seis leguas de Béjar. El general Woll, aprovechando el entusiasmo de sus soldados, dispuso marchar á batirlas. Iniciado el combate duró doce horas, en cuyo tiempo nadie pudo comer ni beber, cayendo muchos soldados extenuados por la fatiga y el hambre, pero el triunfo obtenido fué muy brillante, viniendo á completarlo el bizarro coronel Montero, que con su caballería pié á tierra y sable en mano, siguiendo las órdenes del general en jefe se lanzó en persecución de los fugitivos que se habían refugiado en un espeso monte y á donde acabó con ellos.

En Rio Hondo, punto muy estratégico, á nueve leguas al norte del Salado, había otras fuerzas enemigas, muy bien fortificadas, en espera del general Woll, y este valiente soldado sin arreararse marchó á batirlas, derrotándolas completamente.

Lástima que el gobierno mexicano hubiera dispuesto que nuestras tropas se retirasen en vez de permanecer en los puntos ocupados y seguir la campaña empezada con tan buen éxito, pues aún cuando el erario hubiera estado exhausto de recursos, nuestros generales, jefes, oficiales y soldados estaban poseídos del mayor entusiasmo y patriotismo, pero ya hemos dicho en otro capítulo que los errores de nuestros gobernantes fueron causa de grandes males para México.

El general Woll, conforme á las instrucciones que se le habían dado, dispu-

so regresar al cuartel general de la division, situado en San Fernando Agua Verde. Su retirada, hecha paso á paso, con todas las precauciones que aconseja el arte de la guerra, fué muy feliz y algunas jornadas fueron de tres y cuatro leguas, no habiendo perdido ni un solo soldado. Al acercarse al citado punto, nuestras tropas tuvieron la agradable sorpresa de encontrar al general en jefe D. Isidro Reyes con toda su oficialidad y músicas, así como á las principales familias, que habian salido á recibir las, haciéndoles una entusiasta ovación, pues desde el general Woll hasta el último soldado fueron coronados. Hubo un jefe que por su conducta equívoca en la campaña, no obtuvo la misma distincion, y fué tal el bochorno que le causó, que inmediatamente se le declaró una fiebre, de la que murió á las cuarenta y ocho horas.

Nuestras tropas sufrieron en esta expedicion una baja de cuatrocientos hombres, entre muertos, heridos y dispersos, y los trofeos que conquistaron se mandaron á México lo mismo que los prisioneros. Estos fueron formados en el paseo de Bucareli la mañana del 13 de Junio de 1843, dia del santo del general Santa Anna, quien despues de arengales los puso en libertad y auxilió con recursos pecuniarios para que pudieran regresar á sus hogares.

La expedicion á Texas en 1842 será siempre un timbre de gloria para las tropas que la hicieron, y sobre todo para su digno jefe el general D. Adrian Woll, que aunque nacido en Francia, consagró á México su vida entera. No hay un solo general, jefe ú oficial, con quienes hayamos hablado últimamente, que no lo recuerde con respeto, colmándole de elogios, y diciendo que de-

be considerarse como á uno de los padres del antiguo ejército.

El general Woll estuvo siempre filiado en el partido conservador y en el imperio fué uno de sus más entusiastas servidores. En Julio de 1866 salió de México acompañando á la Emperatriz Carlota y con motivo de la enfermedad de esta augusta señora, se quedó en Francia. Tenemos á la vista una carta que el general Woll dirigió á un amigo suyo, desde Montauban, el 12 de Enero de 1867, y entre otras cosas le dice: « La última proclama del emperador me ha llenado de entusiasmo, tanto que hoy dirijo una carta á S. M. suplicándole, que sin embargo de mi edad avanzada y de mis numerosos achâques me dé sus órdenes, si piensa que puedo ser algo útil, pues mi amor á México y mi adhesion á nuestro augusto soberano me hacen creer que

« todavía puedo prestar servicios sobre un  
 « campo de batalla, pues moriré gustoso,  
 « si puedo hacer el sacrificio de mi vida  
 « en defensa de mi patria adoptiva que  
 « me ha colmado de tantos favores, y  
 « aguardo con ánsia la determinacion  
 « de S. M. »